

**-Lo que queda-**  
**Seudónimo: Patay**

-Pantalón vaquero de pata de elefante. Se lo regalé hace tres años. Hasta entonces, mamá sólo había llevado faldas. Cuando se lo probó le dio un incontenible ataque de risa, *parece que voy a recoger patatas al campo*, dijo. En ese instante pensé en qué habría pasado si ella se hubiese quedado en el pueblo, ¿habría sido su vida más tranquila? ¿Más lenta? ¿Más ordenada? ¿Mejor? Ahora el pantalón tiene una enorme mancha en la cintura. Una mancha negra, de lodo y grasa de motor. Puedo olerla, puedo sentir cómo se me clava en la garganta y me desgarran las cuerdas vocales, y me deja sin voz, sin aliento.

-Libro forrado por un plástico blanco. La pasión por la lectura era una de las pocas cosas buenas que tenía aquella casa de maderas apagadas en la que crecí. En todas las habitaciones había estantes combados por el peso de los libros. Sospecho que éste, en algún momento, salió de allá. Lo abro. En la tercera página leo el título: *"Madame Bovary"*, y sonrío al pensar en una mujer que en el siglo veintiuno aún se sonroja por leer a Flaubert y siente la obligación de ocultarlo.

-Blusa morada. No se la había visto nunca. Supongo que la compró hace poco. Cuando yo era niña, siempre vi a mamá vestida de negro riguroso. Después mutó a un gris perpetuo que únicamente cambió, despacio y con protestas, al venir a vivir conmigo. En la espalda la blusa adquiere un tono rojizo, quiero imaginar, intento imaginar, que es por el diseño del tejido, pero no, sé que no es cierto. Las manos me tiemblan y arrojé la blusa con fuerza, al otro extremo del salón.

-Zapatillas deportivas. También se las compré yo. En los pies de mi madre se pudo leer durante mucho tiempo el dolor de todos los pasos que había tenido que dar para empezar a ser libre. Su piel endurecida y sus dedos arrugados dibujaban el mapa de algún lugar inhóspito condenado a la desgracia. Tras la operación de juanetes tuvo que despedirse definitivamente de los tacones. *Me vendrán bien si tengo que salir corriendo*, bromeó al ver por primera vez las zapatillas en la caja. Después las sacó y las sostuvo unos segundos sobre las palmas de sus manos. Las miró fijamente, con un gesto a medio camino entre el

pasmo y la esperanza, como si tratara de adivinar en ellas todos los caminos que habría de recorrer en el futuro.

-Documento nacional de identidad. Caducado. Incluso en esta fotografía mamá tiene ese vago aspecto vacío, de figurante o de paisaje de fondo, que la hacía pasar desapercibida en cualquier situación. De algún modo transmite una ligera incomodidad, como si estuviera ocupando el centro de la imagen hasta que llegue alguien más importante que reclame su lugar. Leo su nombre: María Hernández López. Su nombre. Leo su nombre y de golpe vuelve a mí el mismo rechazo, profundo e inconfesable, que me atrapó en la adolescencia cuando empecé a ver a mi madre como el tipo de mujer que yo no quería ser. Una mujer sin horizontes, resignada al padecimiento, vulgar. Hubo una época, y sólo ahora puedo reconocerlo y lamentarme, en la que todo en ella me resultaba repulsivamente anodino, incluso su nombre.

-Veinte caramelos de nata. Sé que, cuando lo demás comience a borrarse, aún recordaré los caramelos de nata que le gustaban a mamá. Los escondía por todas partes, en cualquier cajón, bajo la cama, en estuches de hojalata, entre los productos de limpieza, en la mochila del colegio que yo ya no usaba. Una vez, incluso, encontré una bolsita de caramelos de nata dentro del reproductor de vídeo. Desenvuelvo uno y dejo que se me deshaga bajo la lengua.

-Pendientes. Pequeños, discretos, como ella. Sin saberlo realmente, puedo afirmar que son de oro auténtico. Todo lo falso le sentaba mal. En una ocasión se puso unos aros míos que me dejé olvidados en mi antiguo dormitorio. Los lóbulos de las orejas se le inflamaron tanto que terminó en Urgencias. Estoy convencida de que lo hizo aposta, para reclamar mi atención. Yo acababa de cumplir los dieciocho, y ya me había marchado de casa, repitiendo a quien quisiera escucharme que muy pronto yo sería una famosa escritora, y aferrada al primer brazo que me ofreció la oportunidad de huir. Aquello no salió del todo bien, pero al menos, alejada de mis padres, pude por fin aprender a respirar.

-Un pañuelo de tela. Doblado y planchado. Siempre se rieron de mí en el instituto por llevar pañuelos de tela. Es extraño que algo que odié tanto a lo largo de mi adolescencia me provoque ahora un pellizco de nostalgia.

-Medias de color carne. Aunque, realmente, ¿cuál es el color de la carne? La segunda vez que vi a mi madre en un hospital descubrí que la carne puede ser violácea si el golpe es reciente, o amarillenta si ha empezado a sanar, que

puede cicatrizar formando bultos rosados, con el contorno exacto y circular del extremo abrasador de una colilla, o dibujando una constelación privada de cicatrices, dispersa y exageradamente blanquecina.

-Bragas azules de algodón, con volantes en la cadera y de tiro alto. Ya no me da pudor tocar la ropa íntima de mi madre. Perdí toda la vergüenza hacia su desnudez cuando tuve que acostumbrarme a asearla en su rehabilitación. Ese debe de ser uno de los rostros que adopta la madurez, recobrar la familiaridad con el cuerpo en el que habitó el propio cuerpo. En esos meses, mientras veía cómo mi madre aprendía a caminar de nuevo, recuperé bastantes cosas. Llevaba muchos años manteniendo un contacto mínimo con ella, pero aunque mi vida era una sucesión inestable de parejas y trabajos eventuales, aunque había abandonado el sueño de ser novelista tras innumerables intentos que se quedaban invariablemente a medias, o quizá precisamente por eso, yo ya me consideraba a mí misma plenamente adulta, había superado la mayoría de mis miedos y estaba preparada para ayudarla. Me disculpé una noche, llorando todas las lágrimas que había ahorrado desde la infancia, por haberla despreciado, por haberla dejado sola, y la convencí de que se mudara a mi casa. Ella aceptó, aunque, a pesar de todo, siguió insistiendo en que la caída había sido un simple accidente. Recuerdo la expresión desdeñosa con la que mi padre nos observaba mientras cargábamos las últimas maletas de mi madre en el coche. *¿Y qué vas a hacer? ¿A quién vas a acudir? Para nuestros amigos tú no eres más que mi esposa*, le dijo, y vi la rabia en sus ojos, en las comisuras de sus labios, en sus nudillos. *Estoy seguro de que muchos de ellos ni siquiera saben cómo te llamas. Por ti misma no tienes nada*. Comenzó a acercarse y lo aparté de un empujón. *Me tiene a mí*, grité. *Enseguida te cansarás de ella, como te cansas de todo*, gruñó mi padre con una sonrisa.

-Bolso negro con hebilla plateada. Su favorito. En la imagen que salió en la portada del periódico es lo único que se ve. Su cuerpo tapado por una manta de la que asoma el brazo izquierdo de mamá, su mano, sus dedos cerrados alrededor del asa, como si fuera el bolso quien tirara de ella, intentando salvarla.

-Una copia de la demanda de divorcio aún sin firmar. La de mi padre la encontraron en la guantera de su coche, rota en treinta y cuatro pedazos minúsculos.

-Móvil. No está apagado ni tiene contraseña. Mamá siempre fue demasiado confiada. Hay nueve llamadas perdidas mías, y siete mensajes de mi padre sin leer, con muchas mayúsculas e innumerables insultos.

-Llavero con solo tres llaves. Portal, buzón y domicilio. Si has de abrir alguna puerta a toda prisa lo más aconsejable es tener en tu vida pocas puertas que abrir.

-Corrector de ojeras. Su compañero inseparable, su confesor de madrugada, el cómplice ideal que le permitió camuflar durante décadas las humillaciones. Yo tenía seis años la primera vez que vi cómo lo usaba. La observé unos minutos, escondida tras el marco de la puerta de su dormitorio, y fue también la primera vez que la vi llorar. Puede que sea ese el motivo por el que a mí no me gusta maquillarme.

-Crema de manos con aceite de oliva. Sus manos fueron mi refugio infantil, el lugar exclusivo en el que me he sentido verdaderamente protegida. Sus manos siempre suaves, en claro contraste con sus pies. La existencia privada y la pública. El sepulcro blanqueado y ficticio, y la realidad putrefacta a la que nadie salvo ella, mi padre y yo tuvimos acceso. Desde mi época de estudiante universitaria he padecido una pesadilla recurrente. En el sueño camino descalza en la niebla. Me detengo y, aunque no lo veo, sé que estoy frente a un foso sin fondo. Noto en mi piel un viento ligero que intenta arrastrarme, estoy a punto de caer y, entonces, en el último instante, una mano me sujeta por el hombro. Una mano suave y firme, acogedora como un colchón de plumas. En ocasiones la mano llega tarde y yo caigo, caigo, y despierto sobresaltada, al borde de la asfixia, como si mi cabeza aún estuviera sumergida en un barreño lleno de barro.

-Una fotografía de mis abuelos, sentados a la puerta de su casa, con su rictus a un tiempo serio, sereno y cálido. Otra foto mía, que me sacaron para la orla de mi facultad, en la que llevo un peinado que nunca más me he vuelto a hacer y que me da el aspecto de invasora en mi propia vivencia. Una copia de la ecografía de Marta, que nacerá sin abuelos dentro de tres meses.

-Dos billetes de veinte euros, ocho monedas de cincuenta céntimos y la cartilla del banco. No quiero mirar el saldo. Cualquier cantidad será una especie de broma final y perversa que le gasta la vida.

-Una libreta y un lápiz. Casi todas las páginas están llenas de pequeñas listas de la compra. En la más reciente, lo sé porque todavía no está tachada, mi madre

había escrito: yogures, ciruelas, huevos, harina. Estoy a punto de dejar la libreta sobre la alfombra, con el resto de las cosas, cuando veo que una de las páginas tiene algo distinto, el inicio de una carta. *“Mi siempre amada hija, Laura”*, pone, *“lo siento mucho”*, y tengo que cerrarla de golpe, dejar de leer para no partirme en dos. Me atrapan unas ganas terribles de gritar, de vomitar, de romper algo o a alguien. Marta patalea en mi interior. Mamá me pide perdón cuando soy yo quien tiene la culpa de todo. Después de cuatro años alojada en mi casa le dije que ya era hora de que viviese por su cuenta, que había cambiado la dependencia insana que tenía hacia mi padre por una dependencia casi pueril hacia mí, y que sería bueno para ella estar sola, para conocerse, para reconocerse, pero lo cierto es que el embarazo me estaba superando, me parecía intuir en cada una de las palabras de mi madre, en cada uno de sus gestos, la sombra de un reproche a mi decisión de ser madre soltera, y tuve que elegir entre cuidarla a ella o cuidarnos al feto y a mí. Ahora sé que me precipité. Mamá sólo pudo disfrutar dos meses y seis días de su piso alquilado, a tres calles apenas del mío. Y no dejo de pensar en que, si hubiese permanecido junto a ella, aquel a quien un tiempo llamé padre, al que odié por hacer daño a mamá y no hacérmelo jamás a mí, ese que me hacía temblar de terror con un simple gruñido, no la habría atropellado. O quizá habríamos muerto las tres, mamá, Marta y yo, en aquel paso de peatones, quién sabe.

-Lo último que saco de la bolsa que me entregaron en el hospital es su anillo de casada. No sé por qué seguía llevándolo. Quizá como advertencia, quizá como un recordatorio de un momento feliz, porque quiero pensar, necesito pensar que, al menos, el día de su boda, ella fue feliz. En el interior están grabados el nombre de mi madre y el de mi padre. Leo el nombre de mi madre. Leo su nombre. Y miro sus pertenencias, repartidas por mi suelo, y no puedo creer que así concluya todo, que cada una de sus ilusiones, frustraciones y experiencias, que su constante sufrimiento no sea ya nada más que una suma de huesos rotos y sangre seca, ceniza, en definitiva, dentro de unas horas. Y de pronto soy consciente de qué es lo que debo hacer, y vuelvo a coger la libreta y el lápiz, arranco unas cuantas hojas y empiezo a escribir. Sé que esta vez no me detendré. Escribo. Para pedirle, yo sí, perdón. Para entenderla. Para entenderme. Para no perder sus manos. Escribo para forjar un nuevo nudo con mi madre. Escribo, sobre todo, para que nadie olvide su nombre.